

Cristina Guirao Mirón
Cristina Marín Palacios
Carmen Gaona Pisonero
(Coords.)

Herramientas universitarias

Los contenidos
de humanidades como
lectura multidisciplinar

BIBLIOTECA de EDUCACIÓN

gedisa
editorial



© De los autores y coordinadores, 2018
© FÓRUM XXI, 2018

Primera edición, 2018, Barcelona

© Editorial Gedisa, S.A.
Av. del Tibidabo, 12, 3º
08022 Barcelona (España)
Tel. (00 34) 93 253 09 04
gedisa@gedisa.com
www.gedisa.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento de difusión y copia, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, para su uso comercial. Dichas leyes contemplan penas de prisión, multas e indemnizaciones por daños y perjuicios para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o publicaren el contenido de este libro, o alguna parte del mismo, sin permiso explícito del titular de los derechos de reproducción (Fórum XXI).

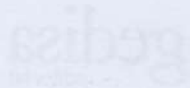
Fórum XXI no se responsabiliza de las opiniones vertidas por los autores en los textos recogidos en el presente libro ni éstas representan la postura oficial de Fórum XXI sobre los temas tratados, quedando bajo exclusiva responsabilidad legal de los autores las consecuencias que sus afirmaciones pudieran comportar.

Preimpresión y cubierta:
Moelmo, S.C.P.

ISBN: 978-84-17690-22-9
Depósito legal: B 28046-2018

Impreso en Ulzama

Impreso en España
Printed in Spain



29. Patrimonio e identidad de las misiones chiquitanas. Fusión arquitectónica y sostenibilidad en los confines

*Francisco José Sánchez Medrano*¹

Los monumentos permiten percepciones sensoriales que, a través de la emoción, nos transportan a compartir las vivencias de otras épocas. En estos casos el paisaje, los artefactos, olores y sonidos son los vehículos-testigos de los valores reconocibles del pasado y la materialidad un soporte que alberga algunos de los conceptos asociados a la idea de belleza.

Al margen del episodio cinematográfico, aún quedan ejemplos contruidos de misiones jesuíticas en la proximidad amazónica. Las reducciones del oriente boliviano, las de tierras de chiquitos, son un excepcional modelo de preservación de un legado cultural, que trasciende las calificaciones de reconocimiento internacional. Son pruebas reales de esa búsqueda de armonía entre sociedad, medio ambiente, urbanización y apostolado que durante los siglos XVII y XVIII impulsó a un grupo de ilusionados europeos a trabajar en ese mundo de frontera de pueblos amazónicos. La fusión de conceptos arquitectónicos, plásticos y musicales con las culturas nativas dio origen a una singular manifestación de construcciones, que nos patentizan ese ensayo de utopía que fueron las misiones.

Pensar que la sostenibilidad en la arquitectura es una perspectiva de compromiso con el medio ambiente desde finales del s. XX es una visión estrecha y limitada del asunto. Hay construcción responsable cuando existe una respetuosa relación con el entorno, un uso racional de recursos y sentido de la conservación, que suele acompañar a lo que se valora por significación.

La impronta cultural y la potencia visual de los templos misionales ha llegado a convertirse en imagen de un regionalismo emergente orgulloso de su pasado, con imitaciones y reinterpretaciones de esta arquitectura de madera en iglesias de barrios de Santa Cruz y otros pueblos.

Este proceso de resignificación (el cultivo de la identidad común, de una historia que se conserva y se transmite nos remite a los orígenes de las fundaciones y a los valores de respeto hacia el otro y el entorno. Tras las formas

1. Fco. José Sánchez Medrano es doctor arquitecto por la U. Politécnica de Valencia. Especialista en Patrimonio y Sostenibilidad. Profesor en la U. Católica San Antonio (Murcia).

y las estructuras, queda la búsqueda de esa sociedad ejemplar, utópica y armonizada con el ambiente, que parece sólo faltarle cruzar la porta coeli, como figuraba a la entrada de cada casa común. Resulta una toma de conciencia sobre la relación con el hábitat urbanizando en los confines de la civilización.

1. Sostenibilidad y Patrimonio, cuestión de sensibilidad

Las Misiones jesuíticas de Chiquitos mantienen los enclaves de San Javier, Concepción, Santa Ana, San Miguel, San Rafael, y San José, constituyendo el único ejemplo arquitectónico conservado en pie desde el s. XVIII, por lo que fueron incorporadas a la Lista del Patrimonio mundial de la UNESCO en 1990 (ICOMOS, 1990); también se conservan como núcleos de población los originarios de San Juan Bautista, San Ignacio de Velasco, Santiago y Sagrado Corazón.

La Chiquitanía, la tierra de llanuras y colinas tributarias de la cuenca amazónica, tiene más de 370.000 km² de extensión, y se ubica en el Departamento de Santa Cruz (Bolivia), limitando con el Chaco al sur, el río Paraguay al este, el río Guapay y el sector sub-andino de Santa Cruz al oeste, y al norte el Departamento de Beni, antes tierra de Moxos. Por jurisdicción, en tiempos coloniales, dependía de la Gobernación de Santa Cruz de la Sierra, Real Audiencia de Charcas y del Virreinato del Perú, aunque en la estructura jesuítica de provincias pertenecía a la denominada Paracuaria, con capital en Córdoba (Virreinato de La Plata).

392

Esta región, conocida desde 1537, estaba poblada por un conjunto de tribus de características nómadas o semi-nómadas (Martínez, 2015) que, formando parte de la etnia guaraní, tenían varios dialectos: piñocas, bororos, tabicas, taucas, tapacuris, chiquitanos; siendo calificados por los españoles con este topónimo debido a la reducida dimensión de los puertas de sus chozas (disposición del acceso condicionado por la seguridad y para evitar entrada de mosquitos).

El territorio es fértil, en amplias zonas boscoso, caluroso y con generosa pluviometría (una temperatura media anual entre 22° y 27° con precipitaciones entre 800 y 1400 mm anuales), pero exento de riquezas minerales, linda al este con Brasil, lo que a partir de mediados del siglo XVII, representaría un motivo constante de conflictos entre los imperios peninsulares. De otro lado, el río Paraguay durante años resultó ser una ruta plagada de atentados y fracasos.

Había interés de la Corona por proteger el flanco oriental del entonces "Alto Perú" (con enclaves como el cerro rico de Potosí), y asegurar los viajes Asunción-Lima; a lo que se sumaba la salvaguarda de los nativos ante las incursiones de bandeirantes, y el ímpetu expansivo de la Compañía de Jesús, que ya había instituido colegios en las principales capitales de Nueva Granada, El Perú y La Plata. Todo esto cristalizó en las expediciones del padre José de Arce, que en diciembre de 1691, fundó la primera misión de San Xa-

vier, impulsado además por la urgencia de socorrer a los indios de una epidemia de viruela (Baptista, 2008).

Los jesuitas, que ya estaban en Santa Cruz desde 1587, y tenían la experiencia del Paraguay, Brasil y Moxos, fundaron otras nueve reducciones en Chiquitos hasta 1760: San Rafael (1696), San José (1698), San Juan Bautista (1699), Concepción (1709), San Miguel (1721), San Ignacio (1748), Santiago (1754), Santa Ana (1755) y Sagrado Corazón (1760), al amparo de una Ordenanza de 1573 de Felipe II que garantizaba la independencia de los asentamientos.



Figura 1. Iglesia y conjunto de edificaciones religiosas de la misión de San Javier. Fachada a la plaza. Se destacan los atrios porticados y galerías.

Fuente: autor.

De forma muy eficaz y expeditiva, tras haberlo hecho Portugal y Francia, los jesuitas fueron expulsados de los dominios españoles en 1767 por la Pragmática Sanción de Carlos III, a pesar de haber cumplido los objetivos de estabilización territorial de la zona. Mientras que en lo que hoy es Argentina, Brasil y norte de Bolivia desaparecieron o quedaron en ruinas los cuarenta y seis emplazamientos jesuitas (por motivos muy diversos, incluyendo conflictos bélicos como recoge la película "La Misión"), las poblaciones fundadas en Chiquitos permanecen todas, habiendo resistido, no sin ayuda, seis templos de los complejos misionales.

Este ejemplo de persistencia, que no es ajeno a las condiciones de aislamiento y lento progreso económico de esta zona rural, podemos decir que se sustenta en la identificación de los pobladores con los modos de vida y marcos físicos que instituyeron los padres jesuitas, ejerciendo un fecundo mestizaje cultural. Nos encontramos ante una "fusión constructiva" (entre Europa y la selva), que respeta el entorno, aprovecha las aportaciones naturales para su provisión material, y adopta conceptos de cobijo nativos. Es toda una voluntaria asunción de criterios propios de edificación sostenible.

Que, además, hayan pervivido, también es consecuencia de haber superado cierta aversión a la etapa colonial, descubriendo y aceptando una he-

rencia cuyos ejemplos patrimoniales eran dignos de estudio, conservación y valoración. Entre las figuras que iniciaron las tareas de recuperación de estos hitos arquitectónicos están Mario Buschiazzo, José de Mesa y Teresa Gisbert, arquitectos, investigadores e historiadores, que supieron estar atentos a la relevancia de este legado.

Las Misiones de Chiquitanía son un ejemplo de esta conjunción feliz entre unas formas amables y respetuosas de infundir doctrina en los límites de la civilización, la capacidad por resistir abandonos y bandazos políticos manteniendo la identidad, y la sensibilidad por el patrimonio que foráneos y lugareños mostraron al mundo (D'Orbigny, Plácido Molina, Félix Plattner, Hans Roth, José Xavier Martini). Es la cultura no sólo en el sentido de los monumentos del pasado, sino especialmente en su sentido vivo, dinámico y participativo, que no puede excluirse a la hora de repensar la relación del ser humano con el ambiente (Franciscus, 2015).

2. Civilización para los confines

En el levantamiento de reducciones, los franciscanos y dominicos se adelantaron a los jesuitas, empleando este sistema de conversión a través del agrupamiento en poblaciones dirigidas por religiosos (Sánchez Negrete, 2010), cuyo signo común consistía en la ausencia buscada de participación de colonos españoles o criollos, y que, en el caso de Méjico recibían el nombre de “congregaciones”. El vocablo alude a la “reducción” en un solo núcleo de población de un conjunto de asentamientos dispersos, o tribus que transitan por una región. Se trata de una gobernanza cívico-religiosa que amparaba el tránsito de la idolatría al cristianismo y del primitivismo a la civilización.

Destacaremos que la mayor parte de estos pueblos eran tribus “silvanas” (en el lenguaje colonial, hoy diríamos selváticas), habitantes de frontera (entre territorios españoles y portugueses), con tensiones entre sí (incursiones y guerras mutuas), y sin asentamientos permanentes (pueblos recolectores y de agricultura muy primitiva por punzón, que no mantenían más de cinco años un emplazamiento). Cuando los indígenas estaban convertidos, y el régimen urbano conseguía una cierta normalidad, la denominación pasaba a ser “doctrina” o “parroquia”, pero se conserva el primer nombre por costumbre y mayor significación (Martini, 1977).

La Compañía de Jesús, autorizada en 1540, llega al continente americano en 1549 fundando establecimientos educativos. Desde principios del s. XVII, por el impulso del P. José de Acosta y su *De procuranda indorum salute* (1588) se implicó en la tarea de adoctrinar poblaciones indígenas alejadas de los centros urbanos, comenzando por territorios al norte de Córdoba (misiones guaraníes), continuando en el noreste de La Paz (misiones de Mojos) y concluyendo al este de Santa Cruz de la Sierra (misiones de Chiquitos).

Esta difusión territorial deriva de una forma de extender la conciencia global, impulsada por la cosmovisión de la empresa ignaciana: *Totus mundi fit nostra habitatio*. El mundo entero se convierte en nuestra morada (empa-

renta con la óptica ecológica actual, formulada desde el punto de vista evangelizador).

Y un medio ilusionante de conseguir transmitir la nueva vida consistirá en crear una nueva civitas. La idea de una república teocrática, una nueva Polis católica, tenía un útil soporte en la noción de armonía universal, cuyos pilares del conocimiento: música, aritmética y geometría se aunaban en un orden con reflejo en lo político y lo cívico. La música, y su expresión festiva popular de la danza, tan queridas por los pueblos selváticos, se manifestó como una forma excepcional de enlace entre las costumbres indígenas y la explicación de la Buena Nueva, constituyendo, junto con las relaciones espaciales proporcionadas por la arquitectura, un eficaz sistema de catequización.

No en vano uno de los signos identitarios de la población chiquitana es la pasión por la música (Trento, 2001) y su facilidad para la interpretación, así como la dedicación a festejos y festivales (en las lenguas nativas, especialmente el guaraní, existen muchas definiciones para el término "fiesta"). El ceremonial religioso, ampliado y favorecido por la Contrarreforma frente a la adustez protestante, incorporó y asimiló muchas costumbres indígenas transformadas en procesiones, representaciones de la Pasión, o luchas entre san Miguel y los ángeles rebeldes; conformando un apropiado vehículo de conversión.

En esa tarea, y en lo que concierne a la Chiquitanía, los jesuitas no se arredran por el hecho de que exista una superposición de estructuras administrativas, o coincidan un elevado número de misioneros centroeuropeos, y se aprovechan de las experiencias previas en Paraguay y en el cercano territorio de Moxos. Estamos ante un concurso de yuxtaposiciones tan propias del sentir barroco de la época y tan bien recibidas por los indígenas, pues se asemejan a las concepciones polinucleares de su existencia y la multitud de referencias de su propio hábitat.

3. Urbanización y territorio

Los misioneros jesuitas comenzaron el proceso de inculturación respetando la relación esencial entre el nativo y su hábitat, apoyando el concepto sedentario del asentamiento de la población con el mantenimiento de relaciones espaciales y de producción territorial.

Cada misión corría a cargo de dos padres jesuitas: un responsable y su ayudante, con visitas temporales de otros miembros. Para establecer las poblaciones escogieron las extremidades más planas de las lomas de la zona, desde donde tener un cierto dominio del paisaje y aires sanos. Y al igual que lo ocurrido con los exploradores desde Ñuflo de Chávez hubo que trasladar más de una por errores iniciales: falta de seguridad, o dificultades de aprovisionamiento. Esto provocó que la cooperación entre indígenas (conocedores del terreno), y padres, los que aportaban una mejor tecnología, "los señores de las herramientas" (Downes en Hernández y Moreno, 2005), tuviera que producirse desde el origen.

Las condiciones orográficas escogidas, con pequeñas hondonadas próximas al emplazamiento, facilitaban la creación de lagunas artificiales (a modo de remansos en las vaguadas), que garantizaban el consumo de agua (como ejemplo en San Javier se ocupó el lugar que los indígenas llamaban Puquio-ma, que en chiquitano quiere decir “tierra de manantiales”).

Con bosques próximos, la madera estaba asegurada, constituyendo un material de construcción abundante y eficaz. La cálida temperatura y el régimen de lluvias favorecían las labores agrícolas y ganaderas. Tras los desmontes iniciales las tierras se dedicaban a cultivos de maíz y yuca (dieta base de los indios), así como algodón, arroz, caña de azúcar, limones y verduras. El ganado vacuno, introducido a comienzos del s. XVIII, condicionó la separación entre asentamientos, debido a la extensión necesaria para proporcionar pastos. Otras producciones, como artesanías, dependían directamente de las necesidades de cada reducción, creándose talleres de cerámica, textiles, y de carpintería (Fernández y Guzmán, 2013); siendo este último el más importante por la fabricación de enseres, muebles, construcción e instrumentos musicales. La fabricación de cera y aprovisionamiento de sal constituyó el elemento de intercambio comercial más usado en los contactos con las ciudades coloniales: Potosí, Santa Cruz (Mambretti, 2009).

La economía de las misiones se basaba en una mezcla entre propiedades comunales (infraestructuras edilicias principales, tierras, ganado), y propiedades privadas (casas, pequeñas parcelas), administradas por los padres jesuitas. Éstos también ejercían la tutela político-administrativa del cabildo concejil, aunque los cargos públicos (corregidor, alcaldes, alférez, regidores, alguaciles), estaban ocupados por los nativos de mayor rango tribal (Martini, 1977), de forma que se mantenían las estructuras básicas de relación social entre los indios.

El trazado de las reducciones chiquitanas es tributario de las Ordenanzas de Población y de las previas experiencias en Paraguay y Moxos. Sobre un sencillo damero, articulado alrededor de la plaza central se disponen las viviendas, estableciendo una jerarquización más determinada que la experimentada por las fundaciones coloniales ex-novo, pues la cabecera del enclave queda totalmente ocupada por los recintos desde donde los padres misioneros organizan la convivencia: Iglesia, Colegio, Talleres, Huerta, Enfermería y Cementerio.

A efectos de una ordenación espacial que primara el direccionamiento visual hacia las construcciones religiosas se llegaron a establecer normativas de limitación de alturas en el resto de edificaciones, como en San Javier, que estaba marcado a una cota máxima de 6,25 m. Hasta tal punto esta estructura fue rígida en su parte representativa, que en la mayoría de las misiones no se urbanizó el territorio contiguo a la huerta jesuítica hasta bien entrado el s. XIX, décadas después de la expulsión de los fundadores.

La orientación no constituyó una pauta de trabajo a la hora de precisar las directrices viarias de las poblaciones, pareciendo que más bien los ejes direccionales responden a un acoplamiento topográfico. Las celdas y casas de los Padres están puestas de Oriente a Poniente, y de Norte a Sur, aunque en

algunos pueblos está la iglesia en la banda de Occidente. Es ad libnitum una u otra banda..., escrito del P. Cardiel (Furlong, 1953).

La población de cada asentamiento osciló, durante la etapa jesuítica, entre 2.500 y 3.500 habitantes, llegando todas las reducciones chiquitanas a contar con unos 30.000 nativos. El abandono, tras la forzada marcha de los padres, no llegó a superar un tercio de las poblaciones, albergando suficiente masa crítica para su mantenimiento. Las características descritas de esta “ocupación territorial” participan de las ideas e imágenes de la Utopía de Tomás Moro, la Arcadia de Philip Sidney y reminiscencias platónicas de la República, no en vano los fundadores, además del espíritu evangelizador, gozaban de una culta preparación. La conversión se inició cuando se convencieron de dejar sus chozas aisladas, agrupándose bajo las órdenes de sus jefes en asentamientos donde poder ayudarse unos a otros, consolidando ideas y esfuerzos. Una manifestación armoniosa de una feliz utopía cristiana. Aunque, como gran enseñanza humana y ecuménica supieron integrar las oportunidades del mestizaje cultural en variados aspectos de las nuevas urbes.

Una gran plaza de dimensiones rectangulares —de orden de los 100 m por 120 m (Martini, 1997)— era el eje de la vida en común y “teatro del mundo” con el frontal de la iglesia como telón de fondo. Presidida por una gran cruz, bordeada por cuatro palmeras que remiten a la potencia y dependencia del entorno natural. En las esquinas cuatro capillas procesionales (posas, muy comunes en todo el subcontinente colonial), y una calle central que conduce hasta el extremo de acceso a la misión, donde se ubica otra capilla denominada Betania.

Las edificaciones que sirven de viviendas, denominadas cuarteles, se disponen a partir de los tres lados libres de la plaza; son sencillas y de dimensiones acotadas, con amplias separaciones entre módulos y calles asimismo anchas, siendo común disponer en el sentido longitudinal de los viales elementos porticados, a modo de aleros prolongados con sujeción de pies derechos de madera, que configuran un espacio de transición que resguarda del sol y la lluvia.

La plaza y la iglesia servían de escenario de acogida a los nuevos pobladores, que atraídos por los beneficios de seguridad, sanidad y sustento tenían una primera experiencia arropada por un Te Deum y comida de agasajo. Entre los recursos empleados para hacer la religión más atrayente para los neófitos se encontraban los cantos, procesiones con vestimentas coloridas, retablos, adornos y pequeñas representaciones teatrales —las luchas de San Miguel con el ángel caído (Parejas, 2011)—, configurando este proceso de “persuasión pacífica”.

4. Una casa común: Asamblea y puerta del cielo

Los pueblos guaraníes, en sus efímeros establecimientos, solían levantar viviendas comunales a las que denominaban Taba o Maloca (Limpas, 2007). La de mayores proporciones servía de morada terrenal a Tupá: la deidad crea-

dora de la primera pareja de seres humanos, formados en dos estatuas de arcilla a su propia semejanza, que una vez secas al sol les infundió la vida. Los misioneros jesuitas, para esa gran casa común, la de Dios, adoptaron formas y sistemas constructivos propios del entorno, dotándolas de cualidades técnicas y ornamentales propias de su bagaje barroco tan expresivo y apreciado por los destinatarios de su mensaje.

La construcción de iglesias a imitación de las edificaciones locales ya había sido ensayado por franciscanos y jesuitas en otros territorios, y respondía a unas condiciones básicas de la materialización de un cobijo resuelto con los elementos primordiales dados por la naturaleza: troncos, ramas, barro... Curiosamente al mismo tiempo que se consolidaban las misiones chiquitanas, en plena efervescencia de la Ilustración el también jesuita y erudito francés Marc-Antoine Laugier, teorizaba en su *Essai sur l'Architecture* sobre dicha idea primitiva de la cabaña protectora como raíz de toda formulación clásica de este arte.

Un amplio tejado a dos aguas constituía la metáfora del abrazo universal que abriga y protege, con una inclinación próxima al 50% de pendiente. La estructura portante, de pórticos de madera, trabaja de forma independiente de los cerramientos, y sólo sirve para sostenimiento de la cubierta. Los soportes, ejecutados con gruesos troncos llamados horcones, se colocan en dos hileras interiores, y se multiplican hasta una posición perípeta, creando un templo columnario con galerías exteriores que participan de la escena urbana y enlazan con el resto de inmuebles de la misión: sacristía, colegio, oficinas y talleres. El espacio interior tiene una concepción basilical y una marcada direccionalidad hacia el altar y retablo mayor. La fuga que proporcionan las filas de columnas a ambos lados del eje longitudinal configuran una apariencia de tres naves: dos laterales y una central, aunque la atmósfera es unitaria e integradora; de hecho la existencia de pilares interiores se debe más a limitaciones tecnológicas que a un diseño intencionado, aunque son elementos útiles para marcar ritmos y proporciones.

Las dimensiones corresponden a un monumental ejercicio de escala, pues la cabida obedece a que toda la comunidad participara a la vez de los actos religiosos, distribuyendo a los fieles con el rigor militar latente en la Compañía: los muchachos frente el altar, detrás los hombres adultos, después las jóvenes, y por último las mujeres adultas (Lasso, 2008). Para cumplir adecuadamente con la distribución formaban en la plaza antes de entrar las más de tres mil almas de la comunidad, y eran asistidos por vigilantes mientras recibían el amparo material y espiritual. Como relata el P. Cardiel (Furlong, 1953):

Las Iglesias como casas de Dios, son la fábrica principal, en todos los pueblos. Son todas muy capaces, como catedrales de Europa; porque como no hay más que una en cada pueblo, es preciso que sea capaz de tantos millares de personas que los días de fiestas entran a sermón y misa

Las proporciones de estos templos suelen basarse en combinaciones simples de números, obteniendo relaciones 1 a 2 o 1 a 3, tanto en planta como en alturas del espacio central respecto de las galerías laterales.

En la cabecera el presbiterio, que conecta con la sacristía, y en el fondo un retablo con sucesivos procesos de enriquecimiento. En fachada la cubierta se prolonga a modo de atrio, antesala que protege las paredes de adobe mediante un pórtico exento. Este es uno de los elementos que distinguen la construcción misionera de la Chiquitanía respecto de los templos de Moxos (el atrio es mayor y consta de dos pórticos), y Paraguay (edificio totalmente periptero). En los diseños de Schmid la portada tiene un tratamiento esceno-gráfico, y sobre el acceso dispone un óculo ovalado, que introduce una iluminación direccional.

De reducidas dimensiones, y a modo de simples torres de madera exentas, se realizaban los campanarios, sin una disposición expresa respecto de los templos: unas veces en el claustro del colegio, otras en la propia plaza.

La decoración general de estas iglesias misioneras era sencilla y menos profusa de lo que apreciamos en la actualidad, debido al paulatino proceso de vestición de unos recintos con actividad continuada: algunas esculturas y pinturas geométricas, con figuras de angelotes y referencias al santoral. En Chiquitos, a diferencia de otros, las pinturas murales se extendían hasta los colegios (Rodríguez, 2010).

Domus Dei et Porta Coeli (Génesis cap. 28 v 17), cita que remite al sueño de Jacob y la escalera de ángeles, y también el símbolo del abandono del nomadismo por los israelitas, es la frase que escoge el P. Schmid para las fachadas. Al igual que en la Jerusalén salomónica, las columnas se tallan de forma torneada. Si bien jesuitas españoles hacían los actos fundacionales de las reducciones, correspondió a padres suizos y alemanes, la tarea constructiva: planificación, trazado, materiales, y la mano de obra era exclusivamente indígena. El P. Arce y el P. Antonio de Rivas fundaron San Javier, con ubicación final en 1708. Al P. Arce se le atribuye la primera gramática en be-siro (el idioma chiquitano)

El jesuita Martín Schmid (Baar, Suiza 1694-1774), luthier y músico de formación construyó las iglesias de San Rafael (1747-1749), San Javier (1749-52), Concepción (1752-1761), San Juan Bautista (1755-1759), y participó en el retablo de la de San Miguel (1750); organizó coros polifónicos con los nativos y una ingente producción de instrumentos (arpas, violines, órganos), así como numerosas partituras.

Julián Knogler (1717-1775) planificó el templo de Santa Ana (levantada en 1768, es decir después de la expulsión). Johann Messner diseñó la iglesia de San Miguel (levantada entre 1748-1760), con elementos tipológicos de las construidas por Schmid.

También intervinieron en diferentes edificaciones misionales Adalbert Martereer (1691-1775), y el Padre Borinie (1663-1722). Por último, la iglesia de San José (1740-48), única ejecutada con mampostería y ladrillo, se atribuye su construcción al Padre Bernabé Domínguez (Gutiérrez, 2011).



Figura 2. Fachada Iglesia de Concepción.

Fuente: autor.

400

Khüne y otros investigadores han tratado de encontrar referencias compositivas y formales de estas iglesias chiquitanas en Europa resultando ejemplos escasos y forzados. Otros autores afirman que estamos ante la única tipología de templo no importada del viejo continente. El parentesco formal con haciendas y construcciones americanas es evidente, como lo es la introducción de elementos figurativos y proporciones deudoras de la cultura y tratados europeos. Es decir una imaginativa fusión creativa, donde las mayores aportaciones locales estriban en la materialidad de las construcciones.

5. Materiales y sistemas de construcción

Los conocimientos arquitectónicos de los misioneros se cimentaban a menudo en el trasvase de experiencias de sus compañeros, libros de tratados de construcción-manuales más prácticos que teóricos (Gutiérrez en Negro, 2000), y la base cultural clásica; por eso el aporte de invariantes tectónicos indígenas se hizo tan importante.

Para la construcción se utilizaron materiales que podían ser accesibles y de fácil producción: maderas duras de la zona, cañas, lianas, adobes, barro y tejas cocidas. El uso de la cal fue muy limitado, y el hierro prácticamente inexistente².

Acostumbrados a estructuras esencialmente murarias, la morfología edificatoria de los nativos chiquitanos hacía comentar a los jesuitas la extrañeza de comenzar "la casa por el tejado". Efectivamente el proceso de levanta-

2. Rodríguez, 2010.

tamiento de los templos se iniciaba con el plantado de horcones sobre el terreno, hundiendo los troncos en el suelo, a continuación se completaba el armazón del pórtico con los ensambles de vigas y tijeras, y a partir de conseguir varios pórticos en pie se preparaba el entablado longitudinal de la cubierta y el asiento de las tejas. Así la concepción global del espacio pasaba primero por la idea de una gran plataforma protegida del sol y la lluvia, a modo de palenque, antes de constituirse en el recinto sagrado confinado por los cerramientos laterales.

El empotramiento de los soportes favorecía la estabilidad de la estructura y la limpieza de elementos auxiliares como riostras. Sobre éstos tirantes, estribos, cerchas y cabrios constituyen el apoyo de las correas de cubierta. La calidad, y resistencia de las maderas autóctonas marcaron la respuesta edilicia de estas reducciones. Los pilares principales son columnas de árboles *Astronium urumdeuva* denominado "cuchi" por los indígenas. Para la parte superior la experiencia local aconsejaba el "tajibo" (*Tecoma ipe*) por dureza y durabilidad.

Con el entramado de madera erigido se colocaban las tejas de cerámica cocida asentadas con barro sobre una base de cañizo, actuando como un cielo raso donde las fibras vegetales de la caña aportan resistencia a la mezcla.

Los muros de cerramiento carecen de función portante, siendo elementos de mera división interior-exterior (con la excepción comentada de la misión de San José). Son elementos similares a los que conforman el cierre de las viviendas de la reducción, y en la zona toman la denominación de Tabique o Baraque: un entramado resistente con pies derechos de madera, cañas a modo de rastreles horizontales, adobe y, en el caso de los templos recubrimientos calizos.

Los revestimientos de cal debían restringirse a las construcciones principales, y en la mayoría de ocasiones con capas muy ligeras (Levinton, 2010), dada la dificultad de conseguir este material en los llanos orientales bolivianos. Hasta entonces la escasa cal se conseguía a base de extraer y machacar conchas de caracoles, como expresa en su crónica el Padre Cardiel (Furlong, 1953).

Esta limitación de uso derivaba en una mayor integración del conjunto con el paisaje, facilitando además el mantenimiento y conservación de los establecimientos. En este sentido, que la construcción de paños envolventes tuviera como componente principal tierra y adobes, ejercitándose con las propias manos dentro del grupo de pertenencia, tenía como resultado un refuerzo de la identidad social mientras se participaba de la construcción. Como expone Viñuales (1992): "Construir con tierra significa, ante todo, unirse a la tierra, a la tierra de donde salió y a donde se volverá, a la tierra que da el sustento y bajo la cual duermen los abuelos."

El uso de estos ingredientes y técnicas establece una relación afable con la naturaleza: los materiales que se emplean son de recolección y elaboración propia, incluso la madera se reserva para los postes principales, y la que sólo sirve para leña, para cocinar o quemar tejas, en vez de cocer adobes que pueden ser usados crudos. Toda una sencilla lección de construcción ecológica.

6. Preservando un legado

Tras la expulsión de los jesuitas, en 1767, el clero diocesano se hizo cargo de las instalaciones y las misiones de chiquitos descendieron en un tercio de población hasta la entrada del s. XIX. Algunos viajeros europeos, como el naturalista francés Alcide d'Orbigny, empezaron a dar noticias de esta experiencia al mundo avanzado, aunque no pasaron de formar parte de los imaginarios románticos y exóticos de esta centuria.



402

Figura 3. Formación de Baraheque. Museo Misional de Concepción.

Fuente: autor.



Figura 4. (dcha.) Restauración Iglesia de Concepción (Museo misional).

Fuente: autor.

Aun cuando la orden jesuítica fue restaurada en Roma en 1814, no volvió a Bolivia hasta 1881, sin conseguir retornar a las antiguas reducciones. En 1930 los franciscanos se hicieron cargo de estas misiones, creando el Vicariato Apostólico de Chiquitos. En esa década, arquitectos e historiadores activaron el interés por las construcciones de la zona. La intervención del argentino Mario J. Buschiazzo en 1938 fue decisiva (Page, 2012), para el conocimiento auténtico de los valores arquitectónicos de estos complejos, aunque ello no impidió algún proceso de ruina, sustituciones de carácter distintivo y demoliciones.

Plácido Molina Barberly arribó a San Ignacio de Velasco en 1943 (Khüne, 2005), quedando impresionado por la belleza del templo, pero el deterioro constructivo estaba demasiado avanzado como para evitar su desaparición, ocurrida en 1948; sin embargo contribuyó de manera decisiva a difundir

el mérito de estas obras mediante la documentación fotográfica que produjo en colaboración con el alemán Hans Ertl durante el período 1944-1954.

El Estado boliviano por Decreto legislativo D.L. 145 en enero de 1950 declaró los templos de las misiones Monumentos Nacionales. La publicación de estudios de Mario Buschiazzo en 1952, fue seguida de las visitas del procurador jesuita de misiones Félix Alfred Plattner, en 1957-58, que tras la huella de correligionarios de habla alemana recorrió el subcontinente desde Río a Barranquilla.

Plattner, con cargo a feligreses suizos encargó el primer proyecto de restauración para San Rafael en 1971, a los arquitectos alemanes Georg e Ingrid Küttinger (Khüne, en Querejazu, 1995), para cuya dirección fue designado Hans Roth (arquitecto y también Sacerdote Jesuita suizo, 1933-1999). Una vez llegado a Bolivia para seis meses de trabajo, Roth quedó enganchado a Chiquitos hasta el punto de abandonar la orden y permanecer el resto de su vida recuperando las misiones y ejerciendo de técnico eclesiástico.

Nuevas iglesias, investigaciones sobre sistemas constructivos y rescate de partituras musicales hicieron a este personaje un reflejo de Schmid redi-vivo, culminado sus esfuerzos con la creación desde 1996 del "Festival Internacional de música renacentista y barroca", evento que se celebra de forma bianual desde 1996. Además del mencionado San Rafael, Roth restauró los templos de Concepción (iglesia y claustros desde 1975 a 1982), San Miguel (en paralelo de 1979 a 1983, con la colaboración del carpintero Alois Falkinger, San Javier (iniciada en 1987 y concluida en 1991), e hizo los proyectos de actuación en San José y Santa Ana. En esta última, ya en 1996, se sumaron los arquitectos Eckart Khüne, Patrick Walter, José Luis Cabezas y Javier Mendoza (Page, en HABITAT, 2012).

403

La Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), se implicó desde 1997 en la recuperación patrimonial que representan las misiones de Chiquitos, comenzando por la rehabilitación integral de Santa Ana de Velasco. Mediante el Programa "Patrimonio para el Desarrollo" ha continuado una labor de implicación social en la zona a través de la intervención arquitectónica y la puesta en valor de estos conjuntos culturales como instrumento para el desarrollo sostenible, estableciendo el Plan Misiones en 2001 (AECID, 2010), con una duración de diez años, y abarcando las edificaciones religiosas, elementos públicos, mejora de la dotación habitacional y la regeneración del tejido social (escuelas de oficios, artesanías).

La adscripción a lista Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO dio una gran visibilidad a este legado que hoy presenta fortalezas (turismo cultural, inversiones de ayudas al desarrollo, festivales de música y de flores, talleres), como amenazas (alteraciones productivas de las reformas agrarias, importación de usos ganaderos o forestales intensivos, influencia de referentes sociales ajenos).

En las poblaciones de chiquitos se puede seguir reconociendo los trazados urbanos de las reducciones misionales mientras permanecen de forma sobresaliente las edificaciones religiosas que vertebraron sus inicios. Arquitectura, y música, han perdurado de forma atractiva gracias a la hábil fusión

de cultura europea y exuberancia nativa, y, sobre todo, a la capacidad de una sociedad para mantener una identidad fuertemente ligada al paisaje y a la naturaleza aun siendo frágil.

La impronta cultural y la potencia visual de estos templos han llegado a convertirse en imagen de un regionalismo emergente en iglesias de barrios de Santa Cruz y otros pueblos de su extenso Departamento.

Este proceso de resignificación (el cultivo de la identidad común, de una historia que se conserva y se transmite nos remite a los orígenes de las fundaciones y a los valores de respeto hacia el otro y el entorno (Franciscus, 2015): Tras las formas y las estructuras queda la búsqueda de esa sociedad ejemplar, utópica y armonizada con el ambiente, que parece sólo faltarle cruzar la porta coeli.



Figura 5. Puerta de la Iglesia de San Javier.
Fuente: autor.

Bibliografía

- AECID (Agencia Española de Cooperación Internacional para Desarrollo) (2010). *Plan Misiones. Rehabilitación integral de las Misiones Jesuíticas de la Chiquitana*. Madrid.
- Baptista Morales, J. (2008). *Las misiones de los jesuitas en Bolivia*. En Blog de Historia de la Compañía de Jesús en América Latina. Recuperado 22-02-2008
- Buschiazzo, M. J. (1972): *Arquitectura en las misiones de Mojos y Chiquitos*. La Paz: Universidad Mayor de San Andrés.
- Furlong, G. (1953). *José Cardiel S.J. y su Carta-relación de 1747*. Buenos Aires: Librería del Plata.

- Fernández, G. & Guzmán Ramos, A. (2013). El territorio como legado: cambios y permanencias en las reducciones jesuíticas de la chiquitanía boliviana de 1691 a 2011. *ETNICEX*, 5, 83-104.
- Franciscus (2015). Encíclica "Laudatio Si' Sobre el cuidado de la casa común.
- Gutiérrez, R. (2011). Hist. Urbana de las reducciones jesuíticas sudamericanas: continuidad, rupturas y cambios. En *Tres grandes cuestiones de la historia de Iberoamérica: ensayos y monografías*. F. Larramendi. Madrid.
- Harrison, L. E. (2008). A Guide to Materials Related to the Chiquitos Indigenous Group in Bolivia. *Illipaths*, 10. University of Illinois.
- Hernández, J. J. & Moreno, R. (2005). *La misión y los jesuitas en la América española, 1566-1767: Cambios y permanencias*. Sevilla: CSIC.
- ICOMOS (1990). *World Heritage List* n° 529. Misiones Jesuíticas de Chiquitos.
- Kohut, K. & Torales Pacheco, M^a C. (Eds.) (2007). *Desde los Confines de los Imperios Ibéricos: Los jesuitas de habla alemana en las misiones americanas*. Madrid: Vervuert-Iberoamericana Frankfurt-Madrid.
- Kühne, E. (2005). *Evolución y percepción de las iglesias misionales del Oriente Boliviano*. En *Educación y evangelización*.
- Kühne, E. (2011). Casas de Dios y Puertas del Cielo: Iglesias misionales de Chiquitos y el Templo de Jerusalén. En *Memoria V Encuentro Internacional sobre Barroco*. pp 219-227. Pamplona: Universidad de Navarra.
- Kühne, E. (1995). Las misiones de Chiquitos en el oriente boliviano: el descubrimiento de la obra del padre Martín Schmid S.J: (1694-1772) a mediados del siglo XX. En Querejazu, *Las misiones jesuíticas de Chiquitos*.
- Lasso Varela, I. J. (2008). Influencias del cristianismo entre los chiquitanos desde la llegada de los españoles hasta la expulsión de los jesuitas. Tesis doctoral. UNED.
- Lema Garret, A. M. (2014). El hombre del nuevo mundo. *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, 103, 67-83.
- Levinton, N. (2010). *Un aporte para la datación cronológica de las ruinas de las Misiones Jesuíticas*. Blog Arquitect. Misiones jesuíticas. Rec.22-05-10
- Limpas Ortiz, V. H. (2007). Misión de Moxos. En *Revista Apuntes*. Vol 20 n° 1. pp. 70-91. Bogotá.
- Limpas Ortiz, V. H. (2003). *Arquitectura del Barroco Misional en Moxos*. En Ier Encuentro Int. Barroco Andino. Pp 161-174. Ed. Dig. La Paz.
- Mambretti, I. (2009). Comunidad, poder y resignificaciones en las Misiones Jesuíticas de los indios "chiquitos" durante el siglo XVIII. En *XXIX Annual ILASSA Student Conference. The University of Texas at Austin*.
- Martínez, C. G. (2015). Las reducciones jesuíticas en Chiquitos. *Bol. Americanista*, LXV 2, 71, Barcelona.
- Martínez Martín, C. (2001). El Tratado de Madrid (1750): aportaciones documentales sobre el Río de la Plata. *Revista Complutense de Historia de América*, 27, 283-325.
- Martini, J. X. (1977). *Las antiguas misiones jesuíticas de Moxos y Chiquitos. Posibilidades de su aprovechamiento turístico*. UNESCO.

- Marzal, M. & Bacigalupo, L. (2007). *Los jesuitas y la modernidad en Iberoamérica 1546-1773*. U. Cat. del Perú – Univ. Del Pacífico. – IFEA. Lima
- Meier, J. (2007): “*Totus mundus nostra fit habitatio*”. En *Sao Francisco Xavier. Nos 500 anos do nascimento de Sao Francisco Xavier: da Europa para o mundo. 1506-2006*. Ed. Zulmira Santos. Pp 57-86. Porto.
- Negro, S. & Marzal, M. M. (2000). *Un reino en la frontera: Las misiones jesuitas en la América colonial*. Quito: Ed. Abya-Yala.
- Page, C. A. (2012). *El lento proceso de valoración del legado cultural de la Antigua Provincia Jesuítica del Paraguay*. *Estudios del Patrimonio Cultural*, 9, 6-30.
- Page, C. A. (2012). Hans Roth, un emblema de las reducciones jesuíticas de Chiquitos. *Habitat*, 55, 38-44.
- Page, C. A. (Ed.) (2005). *Educación y evangelización. La experiencia de un mundo mejor*. En *X Jornadas Internacionales sobre Misiones Jesuíticas*. Univ. Católica de Córdoba
- Parejas Moreno, A. (2011). *El cielo y el infierno en las misiones de chiquitos. Los sermones*. En *Memoria V Encuentro Internacional sobre Barroco*. Pp 213-218. Pamplona: Universidad de Navarra.
- Rodríguez, H. & Fabiola, M. (2007). *Misiones Jesuitas de Chiquitos. La utopía del reino de Dios en la tierra*. Tesis fin Máster UPC. Barcelona
- Rodríguez Trujillo, W. V. (2010). *Arquitectura de Madera en las Misiones Jesuíticas de Chiquitos (Bolivia) del siglo XVIII y sus orígenes prehispánicos y europeos*. Tesis Doctoral. UPC. Barcelona.
- Sánchez Negrete, Á. (2010). *Análisis espacial. Relación urbana entre las reducciones franciscanas y jesuitas en la región guaraníca*. *Arquisur*, 0.
- Torre Revello, J. (1938). *Mapas y planos referentes al virreinato del Plata conservados en el Archivo General de Simancas*. Buenos Aires: Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani.
- Trento, A. (2001). *Reducciones jesuíticas. El cristianismo feliz*. Asunción: Ed. San Rafael.
- Viñuales, G. (1992). *La arquitectura de tierra en la región andina*. *Anales del Instituto de arte americano e investigaciones estéticas “Mario J. Buschiazzo”*, 56-75, 27-28.